

© Francisco Ajates 2020

ISBN: 978-84-09-21277-4

Primera Edición Francisco Ajates, junio-2020

Foto de portada: Isaac Quesada en Unsplash

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

Título original: Nicolás.

INDICE

1. Única salida	2
2. Café solo	9
3. ¿La conocía?	16
4. La nota	26
5. La promesa	33
6. Sansa	51
7. Una carta	60
8. Una mirada	71
9. Querida hermana	81
10. Nicolás	87
11. Triste recuerdo	99
12. Un nombre y algo más	117
13. ¿Un error?	127
14. Dime lo que piensas	140
15. Desafío	149
16. La noticia	166
17. Muñeco de trapo	176
18. Un pedazo de carne y un fiambre	187
19. Purgatorio improvisado	194
20. Mama ven	213
21. Y ahora qué	230
22. Rechazo	236
23. La culpa	249
24. Tormenta	254

25.	Falsa alarma	268
26.	Condena	277
27.	Un pasado	289
28.	Extraño sentimiento	308
29.	Encuentro	320
30.	La despedida	332
31.	El día después	348
32.	Resentimiento	358
33.	Castigo	372
34.	Sospechas.....	390
35.	Amor verdadero	405
36.	Solo Dios lo sabe	413
37.	No quiero	423
38.	¿Imaginación?.....	432
39.	Vendetta.....	446
40.	¿Qué piensa hacer?	457
41.	Una propuesta, un duelo	466
42.	Juicio sin jurado.....	476
43.	Solo un niño.....	489
44.	¿Culpable?	494
45.	Una herida, una confesión	515
46.	Instinto	536
47.	Dos despedidas y un encuentro.....	544
48.	Necesito algo más	553
49.	¿Una vida nueva?.....	562
50.	Somníferos.....	578
51.	Nunca me separaré de ti, papi.....	587

- 52. Sí, he sido yo602
- 53. ¿Se ha terminado todo?.....629

Todos los personajes y los lugares referidos en esta novela son ficticios, a pesar de que en algunos casos el autor haya optado por usar su denominación pública verdadera.

1. Única salida

La mañana es fantástica. Hace más de diez minutos que ha llegado a la cafetería y la agradable temperatura que reina esos días a pesar de la época del año, ha hecho que Ángel decidiera sentarse en la terraza del bar de Ignacio, en el centro del polígono industrial en el que tiene asentada su compañía, en lugar de pasar al interior. El paisaje no está pensado precisamente para lucir con gala en la cara de una postal de recuerdo, pero la tranquilidad del momento, la bonanza climatológica, la hora temprana, la compañía del periódico, el sabor reconfortante del café matutino, y el primero de los cigarrillos del día que aplaca su leve pero perpetua adicción a la nicotina, provocan que Ángel Naredo esté disfrutando, una vez más, de lo que para él puede que sea el mejor momento del día.

Levanta pausado la mirada del diario para buscar con ella el cenicero en el que descargar la ceniza del cigarrillo, y súbitamente algo en la distancia llama su atención. Una mujer joven, vestida de tejanos azul claro y camisa blanca de hilo por encima de la cintura, con un enorme bolso atrapado bajo el brazo derecho, camina acelerada por la acera de enfrente acercándose rápido, mirando hacia atrás con reiterada determinación. Les separa a ambos la carretera, ancha, de dos carriles. La misma que divide la zona del polígono en dos mitades casi simétricas. Sin embargo, a pesar de la distancia, Ángel se percata de que la mujer transita con un notable grado de ansiedad. Parece estar escapando de algo. Sorprendido por esa extraña conducta, la observa con detenimiento mientras avanza hacia él. «¿Le ocurrirá algo?», se pregunta intrigado. Él mismo otea en la lejanía tratando de averiguar de qué puede estar huyendo, pero no consigue distinguir a

nadie aparte de ella. Solo a la mujer a varias decenas de metros, separados por la calzada ambos, caminando apresurada, como asustada, mirando sin cesar hacia atrás y hacia los dos lados.

«Tal vez necesite ayuda». Piensa que quizás podría hacerle un gesto desde su silla, tratar de llamar su atención y hacerle ver que él, que hasta ese momento se encontraba tranquilamente disfrutando de su café matutino, se ha dado cuenta de que está en apuros y de que si lo necesita puede echarle un cable.

«Igual se ha perdido, o quizás esté escapando de un novio maltratador... Anda Ángel, no te montes películas. Lo más seguro es que simplemente llegue tarde a algún sitio y que por ese motivo camine tan acelerada». Piensa así, pero una parte de su conciencia no cree que sea eso lo que sucede. Alguien que llega tarde a una cita no avanza recorriendo con la mirada todo lo que le rodea como si temiese ser descubierto. Ángel la vuelve a observar con detenimiento desde su posición. Cada vez la tiene más cerca. Es cierto que por la otra acera, pero a cada segundo que pasa la distancia que la separa de la terraza del bar en el que está él es menor. No le importa aún, porque la contempla creyéndose oculto tras los metros de alquitrán de la calzada que separa ambas aceras. La distancia es como una barrera que lo protege y al mismo tiempo lo aleja. Sea lo que sea que le esté sucediendo a esa chica, en unos segundos habrá pasado de largo, y después de todo no es de su incumbencia. Simplemente se quedará mirando, esperando a que en su abstraída carrera la mujer angustiada siga avanzando hasta que él no pueda ver nada más que su espalda alejándose, perdiéndose al final de la calle. Después seguirá con su rutina diaria;

terminará el café, apagará el cigarro, cerrará el periódico y volverá tranquilamente a su trabajo.

Pero eso no ocurre. Justo cuando solo una línea perpendicular a la carretera los separa, ella se clava en el suelo y se detiene súbitamente. Vuelve a mirar hacia atrás como hacía antes mientras caminaba, y luego lanza otro vistazo hacia adelante; también hacia los lados. Él la observa cada vez con más curiosidad «¿Por qué se ha parado? ¿Por qué no sigue avanzando?» Ahora puede distinguirla mejor. Es una chica joven, no más de treinta, esbelta, morena, pelo corto, parece bastante guapa. Quieta, sigue sujetando el bolso con fuerza debajo del brazo y continúa mirando alrededor, buscando algo, escapando de alguien. Ángel parece ver que casi está llorando. «Joder, ¿qué le estará ocurriendo?» Así, mientras la vigila imaginando el motivo de su angustia, planteándose si ofrecer o no su ayuda, creyéndose él mismo a salvo, inoportunamente en ese deambular que tiene ella dando latigazos con la mirada en el aire, las de ambos se cruzan, se conectan, se enganchan desde lejos. Establecen un puente de conexión sobre la carretera. Ángel no puede evitar sentirse descubierto en el papel de anónimo voyerista y la sorpresa, que se mezcla con el bochorno, le hace retirar la vista y clavarla casi de manera inconsciente e inmediata, es un acto reflejo, sobre la hoja del periódico que continúa abierto por ya no sabe ni qué página. «Mierda», maldice para sus adentros.

La mujer, aún continúa viéndola a lo lejos por el rabillo del ojo, se queda petrificada en su posición. Ya no mira hacia atrás ni hacia los lados. Ahora mantiene la vista clavada en Ángel, que ha preferido disimular haciendo que lee el periódico. Ella aguarda en su postura, parece que está dudando, apenas unos segundos, hasta que emprende de nuevo la marcha.

Pero en esta ocasión, en lugar de seguir caminando en la dirección por la que venía, decide cruzar la carretera. Escoge caminar hacia donde está el hombre, que termina de ver como el muro invisible que segundos antes lo ocultaba, lo mantenía alejado del pesar de la muchacha, acaba de derrumbarse y dejarlo descubierto, desprotegido. Se siente agredido.

Ahora sí que la tiene cerca. Escucha el sonido de sus botines cruzando la carretera, a cada paso más intenso, y no puede levantar la cabeza. No se atreve, no quiere, prefiere seguir enganchado al periódico, disimular, con la triste esperanza de que en el último momento ella decida cambiar de opinión y seguir su camino, dejarlo a él tranquilamente con lo que estaba haciendo hasta ese momento. «Quizás solo viene a tomar un café. Joder, igual solo me pide el móvil para hacer una llamada. Puede que solo necesite un taxi».

La mujer llega hasta donde está Ángel, se para, coge una de las tres sillas que permanecen desocupadas, la más próxima a ella, la arrastra para separarla de la mesa, posa el bolso negro sobre el aluminio y se sienta. No ha seguido de largo, no ha entrado en el bar, se ha sentado con él. Ni siquiera le ha pedido permiso ni le ha saludado, simplemente se ha sentado. Ángel, abordado, levanta la cabeza y la contempla un segundo. En su rostro ve tristeza. Es una mujer triste, triste y angustiada. Tiene los ojos grandes, oscuros, penetrantes, ojerosos, temerosos, teñidos del negro rímel derrumbado bajo sus párpados. Percibe la lástima que lleva incrustada en el alma.

—¿Le puedo ayudar en algo? —le pregunta temeroso.

La chica no responde. Se queda callada observándole, pidiendo auxilio solamente con la mirada.

—Señorita, ¿le pasa algo? —insiste.

En esta ocasión, como respuesta, una lágrima. Una lágrima sorda que brota del ojo derecho y se desliza por su mejilla hasta desaparecer en la comisura de sus labios.

—Dígame que le ocurre por favor. ¿Necesita dinero? ¿Quiere que llame a alguien?

—Lo siento —susurra ella. Casi no puede oírlo.

—¿Lo siente? ¿Qué es lo que siente? Explíquese por favor. Dígame que es lo que le pasa —es casi una plegaria. Cada segundo que pasa, la angustia de ella se está adueñando del empresario.

Están sentados uno frente al otro. Ella erguida en su silla, él apoyado en el respaldo de la suya. Se observan, se escrutan con la mirada tratando de descubrir algo que no dicen con palabras.

—¿Podrá ayudarme? —pregunta la mujer, ahora un poco más alto.

—Sí, por favor, dígame qué puedo hacer por usted.

—De verdad que lo siento, pero no sé qué hacer —añade casi llorando.

—Pero ¿qué es lo que siente? No la entiendo. Tiene que decirme qué le pasa si quiere que la ayude.

La mujer hace una pausa y después continúa hablando.

—¿Me promete una cosa?

—¿Qué le prometa una cosa? No puedo prometerle nada si no me dice antes lo que le pasa.

—Tiene que prometérmelo —suplica.

—Señorita, no tengo todo el día. Si quiere que le ayude, dígame ya lo que necesita.

—Prométamelo por favor, dígame que lo hará —le tiembla la voz, y al terminar la frase rompe a llorar.

—Está bien, está bien, no llore por favor, se lo prometo. No sé el qué, pero se lo prometo.

Trata de consolarla poniendo una mano sobre su hombro y al hacerlo nota que está temblando. Está llorando y temblando. Ella, algo más satisfecha por la transigencia del desconocido al que acaba de abordar en la terraza de una cafetería del puerto, abre el bolso y saca un pañuelo de papel arrugado. Se lo lleva a la cara y se seca los ojos empapados de lágrimas. Después deja el pañuelo sobre la mesa y vuelve a introducir las manos en el bolso, en esta ocasión para extraer una hoja de cuaderno cuadriculada con una nota manuscrita en color azul.

—Tiene que prometerme que ocurra lo que ocurra irá a este sitio —le suplica ofreciéndole a Ángel el papel con la nota.

Él la observa extrañado. No entiende nada.

—Yo no puedo hacer más, estoy agotada. Dígame que irá.

—Señorita, no la entiendo. No sé qué quiere que haga.

—¡Nada, simplemente dígame que irá, que pase lo que pase irá a esa dirección que está ahí anotada! —lo dice casi gritando, desesperada, mientras que golpea con el índice el papel que ahora Ángel tiene en su mano—. Dígame que irá y le dejaré en paz, no le pediré nada más —rompe a llorar de nuevo.

—Está bien, iré. No se preocupe que iré, se lo prometo, pero por favor, no llore más.

La mujer le mira ahora agradecida. Esboza una tímida sonrisa que no acompaña su rostro, empapado por las lágrimas.

—Lo siento —repite aparentemente más aliviada.

—¿Qué es lo que siente? Me está volviendo loco —inquire Ángel un tanto desesperado.

La chica vuelve a mirar hacia el enorme bolso de piel que continúa descansando sobre la mesa, e introduce una mano en él. Rebusca un instante y con agilidad, extrae un revólver que se lleva rápidamente a la boca. Con los labios aprieta el cañón y con el dedo el gatillo, al tiempo que mira agradecida, desahogada, más tranquila, hacia el maduro desconocido que ha decidido atender su plegaria.

Todo sucede muy rápido. Un trueno, un latigazo en el cuerpo, una explosión de sangre, una mujer en el suelo rodeada de una mancha roja que poco a poco va creciendo, y un hombre atónito, asustado, azarado, anonadado, sin tener muy claro que es lo que acaba de suceder delante de él esa mañana de jueves del mes de octubre en la que como siempre, ha salido de su despacho dejando a Dolores y a Prudencio discutir en el almacén por algún insignificante pedido que no cuadra.